

PLUMA y LAPIZ

M.O. Delgado,
Paris, 1900



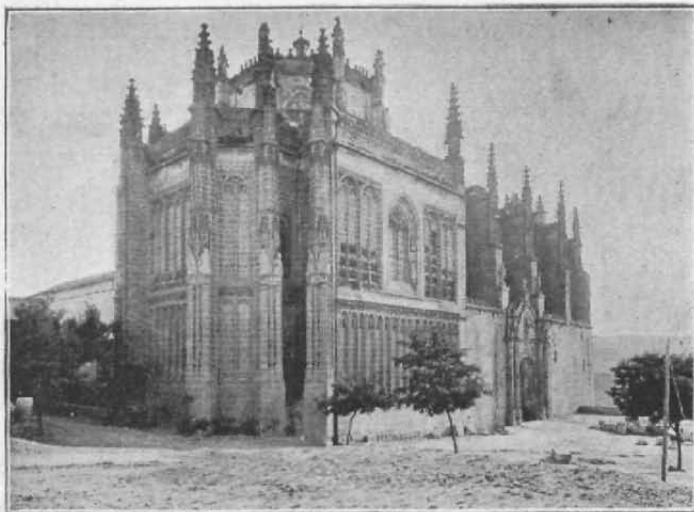
LEYENDAS Y TRADICIONES

(TOLEDO)

A PENAS fallecido el rey de Castilla, Don Enrique IV, de quien no sin fundamento afirma un historiador que «lo único bueno que hizo fué morir», ocupó el poder supremo el sin igual matrimonio que la historia conoce bajo la denominación de *los Reyes Católicos*; y así me expreso, porque en realidad de verdad, no fué Doña Isabel I quien se sentó en el trono castellano, en 1474, como no fué Don Fernando quien logró el cetro de Aragón en 1479: el primer soberano de la España moderna, fué un matrimonio, llamado *Católico*, por antonomasia, providencial símbolo de la unión

perpétua é indisoluble, entre iguales, que verificaban las dos coronas y de la que era exterior manifestación el famoso lema:

«Tanto monta, monta tanto
Isabel como Fernando».



SAN JUAN DE LOS REYES.

exhausto... Pero los Reyes Católicos no se arredran; la animosa Isabel busca recursos y los halla disponiendo de la mitad de la plata de las iglesias, aceptando un cuantioso donativo

de la *Santa Hermandad*, y apelando á otros medios extraordinarios; el valeroso Fernando reúne tropas, las organiza y se dispone á marchar contra el enemigo.

De todos los sacrificios que hasta entonces han tenido que hacer los dos jóvenes esposos, tócales ahora realizar el mayor: han de separarse temporalmente... Mas el bien de la patria lo exige, y no vacilan.

Día de San Juan era aquel en que amorosamente se despidieron, y la católica Isabel hace voto, al que asiente su marido, de levantar un templo en honor del Evangelista, si juntos y victoriosos vuelven á verse.

Luego, la reina parte á organizar las milicias de Castilla y el monarca se dirige al encuentro del grueso principal de los enemigos.

—Señor,—decíale un cortesano prudente:—¿no teme V. A. la superioridad numérica del portugués?

—Páreceme que no sabéis contar,—repuso Fernando:—el que lleva cual yo, en su infantería y como simples soldados, gentes de la primera nobleza,



S. J. DE LOS REYES — PRESBITERIO.



SAN JUAN DE LOS REYES — PUERTA DEL CLAUSTRO.

lleva consigo, no sólo á los vivos, sino á los muertos: cuando entra en combate un noble digno de serlo, pelean tras él todos sus antepasados.

No exageraba el monarca.

En aquella feliz época, llevaban gustosos la pica ó el arcabuz (el chopo de nuestros días), el duque de Pastrana, los hijos de los de Alba y Parma, lo más florido de la nobleza de la sangre, las eminencias en las letras. Por eso Brantôme, el historiador del ejército francés, decía de éste que era «una horda de bandidos escapados de la horca, cuya mayoría iban marcados en la espalda y tenían cortadas las orejas», mientras que hablando de nuestros soldados se expresaba así:

«Hubiérase los juzgado príncipes: tan apuestos eran y tan arrogantemente y con tanta elegancia marchaban. Después de los combates, se oía gritar:

«—¡Salgan los mosqueteros!

«Y eran más respetados que capitanes.»

El éxito demostró que no eran infundadas las esperanzas concebidas por el rey Católico.

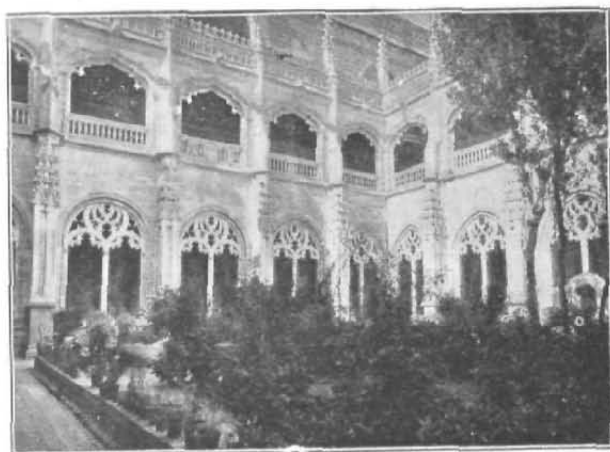
Un ejército formado por tropas elegidas y bien mandado, puede habérselas con otro muy superior en número, pero compuesto de elementos heterogéneos.

Así quedó demostrado en la famosa batalla de Toro, donde Alfonso V y los parciales de la Beltraneja quedaron completamente derrotados.

El incansable Fernando marchó enseguida contra los franceses que auxiliaban al soberano portugués y habían puesto cerco á Fuenterrabía, y los obligó á levantar el sitio, mientras Isabel, con varonil esfuerzo y apoyada por las milicias castellanas, sometía el resto de los revoltosos de España y acababa de limpiar de portugueses Extremadura, logrando por no ser menos que su esposo, la definitiva victoria de la Albuera, tras de la cual se hizo la paz.



PUERTA DEL PALACIO DE DON PEDRO.



SAN JUAN DE LOS REYES — CLAUSTRO.

No había esperado á ésta la Católica reina para cumplir el voto que al Todopoderoso había hecho y que más arriba se ha mencionado.

El mismo año 1476, en que se dió la batalla de Toro, veíase recorrer pensativo las calles de Toledo, á un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, de grave é inteligente fisonomía y que, de preferencia, solía detenerse en sus paseos ante el palacio que perteneció al conde griego Don Pedro, cabeza de familia de los Toledos. Las bellezas artísticas de aquella casa parecían encantarle; y en verdad que el caso nada tenía de extraño, pues aquel hombre era el arquitecto Juan Guas, el mismo que inmortalizó su nombre trazando los planos de esa joya del estilo ojival florido que se llama San Juan de los Reyes; templo edificado para dar regia satisfacción á la promesa que los Católicos monarcas hicieron en la ocasión que consignada queda.

Nada escatimaron los egregios monarcas para que Juan Guas diese comienzo, ya que no pudiera dar fin, á monumento tan hermoso, que aún hoy maravilla por su aspecto exterior y por sus interiores bellezas, entre las que descuella el sin igual claustro, más para visto que para descrito.

Apenas los importantes negocios que entre manos llevaban les permitieron disponer de algunos días de relativo descanso, á Toledo se trasladaron para animar con su presencia al insigne cuanto modesto arquitecto y á presenciar la inauguración de los trabajos del templo por éste proyectado.

En 1479, al firmarse la paz con Portugal, ya estaban algún tanto adelantadas las obras, que luego hubieron de prolongarse más de lo que Fernando é Isabel contaban. Aquel mismo año murió el monarca aragonés Don Juan II, y, recayendo la corona en el rey Católico, quedaron defi-

nitivamente unidas las de Aragón y Castilla. Esta fué la más preciada recompensa que la Providencia pudo otorgar á la piedad de los Reyes Católicos; y éste también el mayor servicio que entre los muchos que registra la historia debe á éstos nuestra amada España.

E. B.

Fotografías de Hauser y Menet.



CORRESPONSALES DE PARÍS

(PSIQUIATRIA LITERARIA)

No siempre se fijan los periódicos populares y más leídos en que, por su misma fortuna, tienen algo así como *cura de almas*, y deben al progreso de ese mismo pueblo que los favorece, mucho cuidado en la clase de lecturas que le sirven. En ningún país importa más que en España esta delicada función de la prensa; porque aquí, por ahora, el pueblo, el público grande, no lee todavía con asiduidad más que periódicos; al libro no ha llegado todavía.

Una de las secciones en que los *rotativos* más pecan—algunos digo, no todos,—y más por descuido que por malicia, es en la correspondencia literaria de París.

No sería posible, ni hace falta, evitar que cuanto viene del gran centro parisien se interese al público; allí repercute y toma forma atractiva y clara cuanto el espíritu humano produce; y por todo ello, se explica que sea en los papeles más leídos, una sección constante la correspondencia literaria de la capital francesa.

Pero lo que está mal, es que se confíe tan delicada tarea a publicistas notoriamente ineptos para el caso. Si, para personas de mal gusto y lectores de reata, puede tener encanto la desfachatez de un mozuelo presuntuoso que convierte en culto la falta de respeto, y en el altar de las insolencias coloca el *icono* de su propia personilla, como fetiche ante el cual sacrifica méritos ajenos; si, para los bobalicones, puede pasar por humorismo valiente el descaro con que el tal cronista suele dar á todas las actualidades un giro *lírico*, por el que la insignificante figura del corresponsal ocupa siempre el primer término del cuadro; para los lectores serios é ilustrados, todas estas demasías son repugnantes y escandalosas.

Suelen ser tales cronistas, verdaderos *sans patrie*, educados caprichosamente por sí mismos, no con sujeción á principios severos; sino guiándose por benevolencias del amor propio, de la concupiscencia, y de un escepticismo interesado y egoísta. Si alguna vez se les ocurre defender causas buenas, como la abnegación, la caridad, la belleza, la libertad, es por moda, por una *pose* que creen interesante; pero su tendencia es á la paradoja que defiende el vicio, á la crónica escandalosa, á las elegancias medianas. Si en la actualidad bullanguera brilla un momento con gran nombre un buen libro, una buena acción, una idea trascendental, hablarán de esto por ser el asunto del día, y porque también hablan sus oráculos, los similares suyos de la *petite presse*. Mas, aún con tal motivo, suelen mostrar el prurito de querer singularizarse—muchas veces más por respetar el *plagio* que por real afán de distinguirse—y entonces llevan la contraria á la opinión general, y censuran lo que todos alaban, ó defienden lo que todos censuran.

Pero lo ordinario en ellos es, para dar *carácter* á su crónica, prescindir de los grandes intereses del día, y agarrarse á un incidente baladí, muchas veces poco honesto, que solo puede tener interés para los que en París mismo hacen cierta clase de vida; frívola indudablemente.

Estos corresponsales no suelen ser españoles, *claramente* españoles á lo menos. Algunos de ellos, en países lejanos, han insultado á España y despreciado todas sus cosas; otros ¡parece mentira! en los mismos periódicos populares desdeñan con tono impertinente, insoportable, todo lo español. Y se da el caso, por falta de atención en quien puede impedir estos desmanes, que de los mismos hombres de mérito acrisolado á quien el periódico popular, cuando habla por sí mismo, siempre respeta y admira, y á los cuales suele pedir colaboración cuando quiere lucirse, de esos mismos hombres, *sagrados* para la casa, el corresponsal, de matute, se burla con una superioridad de bufón que es grotesca, pero no hace reír, porque pica en trágica, por las miserias y degradaciones morales que supone.

Ciertos ricachos, gente plebeya que ha ganado algunos talegos envenenando á medio Madrid, suelen venir á las playas del Norte, por el verano; y hay que oír á

esta gentuza suspirar por sus *Madriles* y darse tono ante los provincianos; desfachatez cursi que jamás se nota en los madrileños discretos y bien educados. Pues á estos tenderos de la calle de Toledo y de las Vistillas, ó de donde fueren, se parecen esos cursis corresponsales, que, de modo ostensible ó disimulado, siempre están compadeciendo al público español, porque ¡oh vergüenza! no vive en París ni conoce la vida del boulevard (que según un literato parisiense de veras, es ya algo histórico).

Tan ridícula vanidad, les hace ser víctimas de una aberración de perspectiva que hasta llega á parecer una locura. Cualquier amigo de ellos que escriba cuatro cuartillas, es un genio, algo muy superior á todo lo que, en materia de letras, por acá tenemos. Y si los amigos valen tanto ¡figurémonos lo que valdrá el mismo corresponsal! Por tan importante se tiene, que no vacila en tomar por asunto de la *crónica del día* cualquier incidente de la propia preciosa existencia. ¿Ayer os hablaba del último gran éxito literario y hoy pensaba proseguir? Pues nada de lo dicho; interrumpe el asunto pendiente, para decirnos, verbigracia, que un imbécil, escritorzuelo de pueblo, le ha llamado á él, al corresponsal, nada menos que *genio*, en un papelucho hospiciano; y el *genio* lo cuenta, para que conste; y hace como que se burla de su propia vanidad, y del escritorzuelo; pero por lo pronto, su *crónica de París* (!) no habla de otra cosa. ¡Y qué me diréis del grandísimo desvergonzado que, con motivo de una gran catástrofe pública, dice que allí, sobre el terreno, Fulano, el *gran* Fulano le *dijo á él* tal cosa.... que después leéis en un periódico de París, pero como dicha, no al corresponsal, ¡naturalmente! sino á otra celebridad francesa.

¿No abochorna á los periódicos españoles el verse juguetes de tamaños procedimientos, y echar á perder en un momento la seriedad y discreción que en sus trabajos propios, de por acá, procuran conservar siempre?

Y á lo mejor, leemos una crónica de esas, que no es crónica por supuesto, pero que es un artículo chispeante, con *esprit* puramente francés. ¿De dónde ha sacado aquello el mequetrefe que por su casa es un sosón, ñoño, incapaz. ¿Se encontrar un chiste?

Pues es muy sencillo. Lo ha sacado de un periódico de París. Y llámote crónica.... Y en tanto, en la misma colonia española de París, y sino en Madrid, en Barcelona, en muchas partes de España, hay multitud de jóvenes ilustrados, serios, con estilo, con gracia, con ideas propias y respeto á las ajenas, que con mil amores desempeñarían esas funciones de corresponsal de París, escribiendo, no de sí mismos, ni de trivialidades escabrosas, ni de nonadas; ni plagiando el *esprit* francés; sino de cosas de interés general, de valor cierto, de substancia; sin pedantería, pero con ciencia suficiente; pintando el París digno, grande, noble, que todos los días dice ó hace algo que merece ser conocido.

Esto es lo que echan de menos en ciertos corresponsales al uso cuantos, por una ú otra razón, tienen que vivir enterados de la vida ordinaria de París en las esferas científica, filosófica, económica, artística, jurídica, etcétera; los frívolos corresponsales de que trato no saben de esto, porque viven en atmósfera muy diferente; y esto es, sin embargo, lo que al público interesaría, y lo que sabrían estudiar esos jóvenes serios, modestos, ilustrados que merecen la plazas que ocupan los *otros* sin provecho de nadie; ni de ellos mismos, pues su propia vanidad y sus artes para engañar les van envenenando el espíritu.

Yo no quiero nombrar aquí á ninguna de las personas que podrían poner remedio á tal estado de cosas. Discretas son estas personas, bien intencionadas. Atrévase á condenar con medidas eficaces lo que, de fijo, en el *seno de la confianza* condenan. Pues que pueden, aplíquese la medicina que curará el mal que reconocen. Afuera rutinas, afuera miramientos inoportunos, benevolencias mal entendidas.

Primero que cierta clase de consideraciones es la *salud del público*.

CLARÍN



TRANSFORMISMO

SONETO

Por *fas* ó por *cenefas*, como dijo
un Senador ilustre, ya difunto,
el que ha de batallar, siempre está á punto,
y el que se ha de morir, muere de fijo.
Yo, en otro tiempo débil y canijo,
padezco ya cuando las piernas junto,
y alguna vez curioso me pregunto:
— ¿será mi última etapa de botijo?
¡Necio quien de constante y fiel presume!
forma, aspecto y materia ¡todo muda!
esto que hoy es hedor era perfume,
trocóse el sueño en realidad desnuda,
lo que fué sol es luz que se consume,
y son aliento y fe cansancio y duda!

MANUEL DEL PALACIO

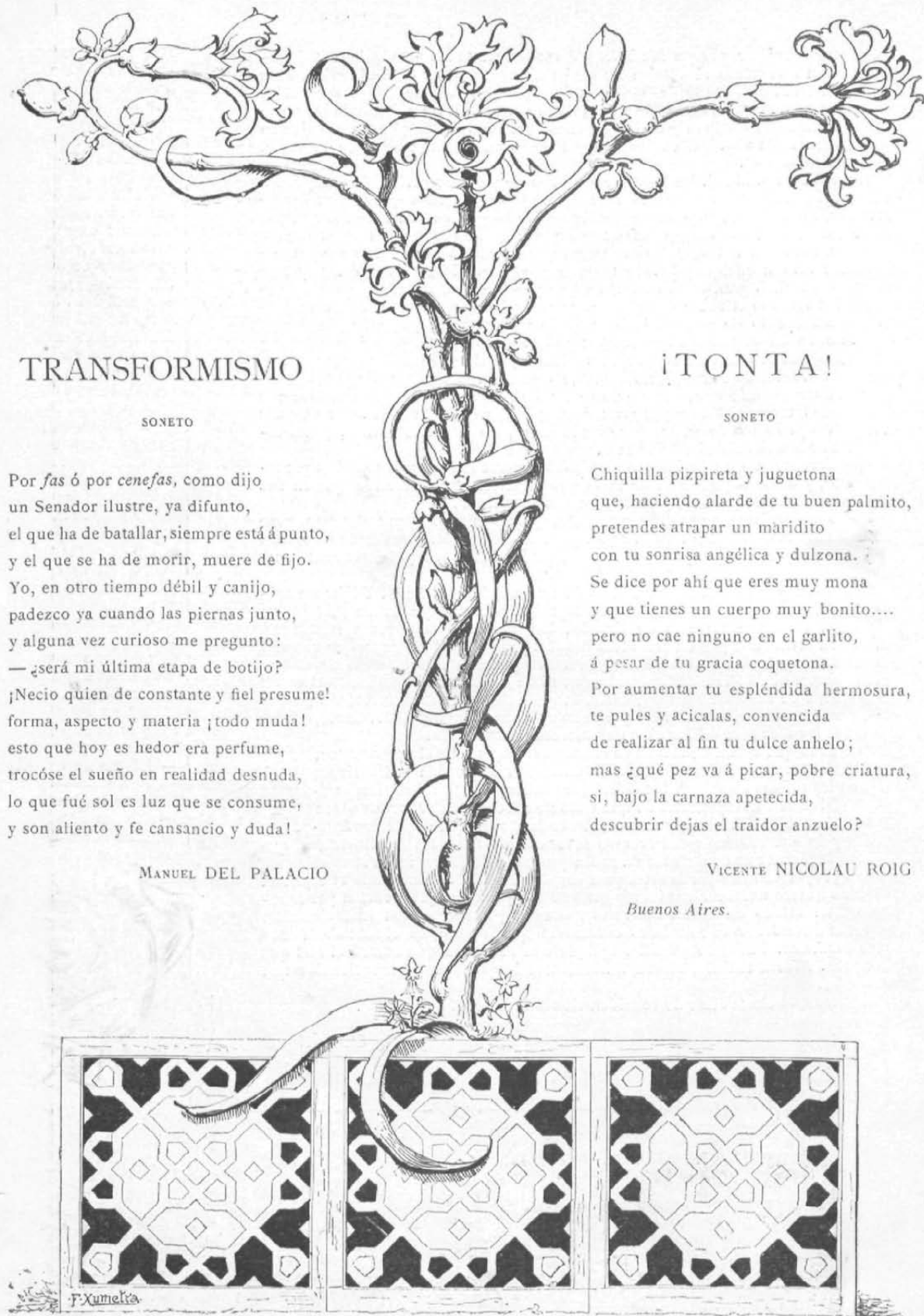
¡TONTA!

SONETO

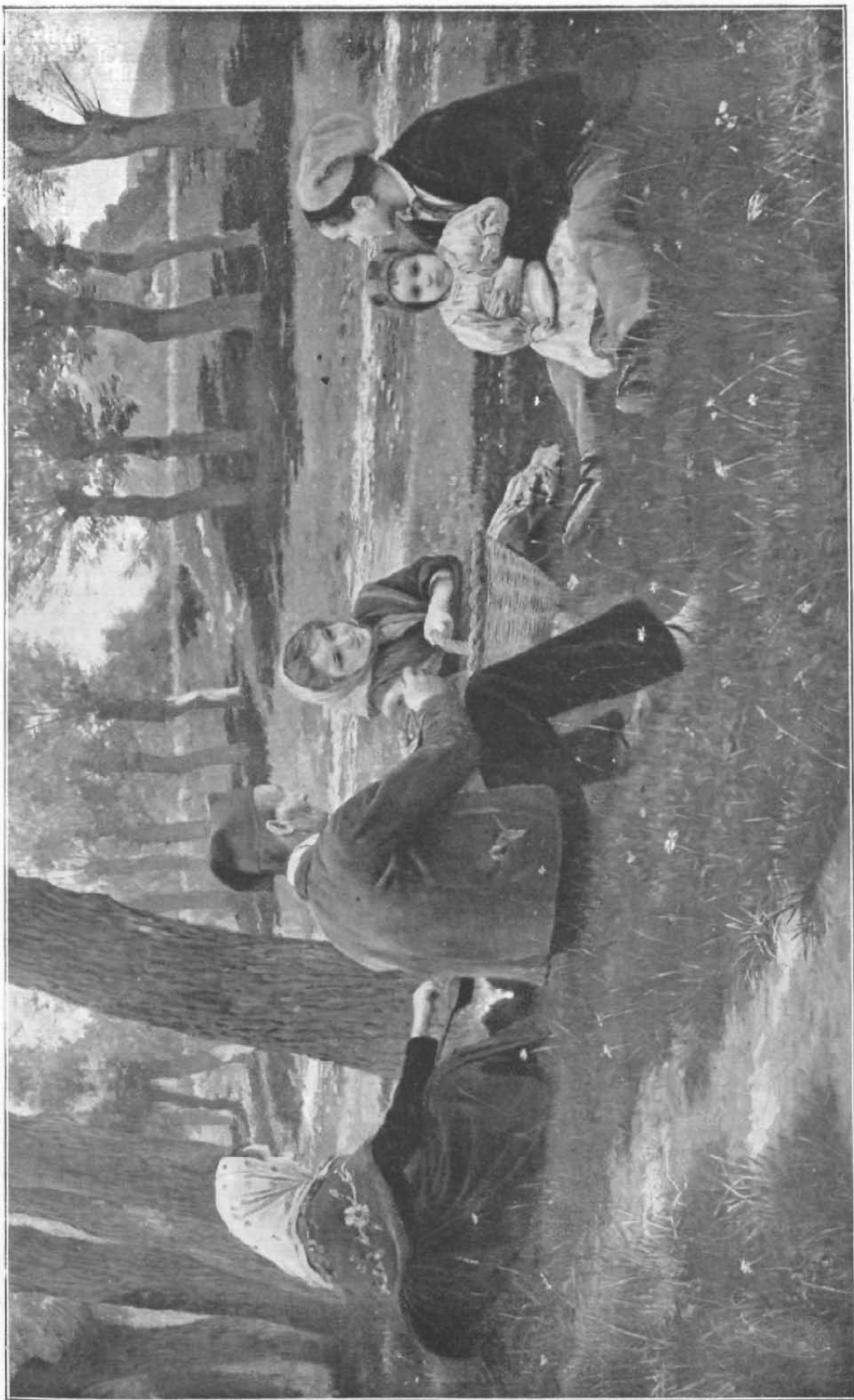
Chiquilla pizpireta y juguetona
que, haciendo alarde de tu buen palmito,
pretendes atrapar un maridito
con tu sonrisa angélica y dulzona.
Se dice por ahí que eres muy mona
y que tienes un cuerpo muy bonito....
pero no cae ninguno en el garlito,
á pesar de tu gracia coquetona.
Por aumentar tu espléndida hermosura,
te pules y acicalas, convencida
de realizar al fin tu dulce anhelo;
mas ¿qué pez va á picar, pobre criatura,
si, bajo la carnaza apetecida,
descubrir dejas el traidor anzuelo?

VICENTE NICOLAU ROIG

Buenos Aires.



Composición y dibujo, de F. XUMETRA.



ORILLAS DEL RI-TORT — CAMPRODÓN (Cataluña).

MORAS DE ZARZA

TODAS las mañanas, después de bañarme en la playa de Palmera, daba un gran paseo, cumpliendo la prescripción del médico. Entre aquéllos prefería, casi siempre, subir, por el lado del mar, la agria *cuesta de la formiga*, para embobarme contemplando la inmensidad del Cantábrico desde las ruinas del *fuerte de San Martín*.

Aquel verano fui á Arbás sin otra compañía que media docena de buenos libros. Muy pronto acabé de leerlos y, por no tener á mano más pasto espiritual, volví á hojearlos, recreándome singularmente en la *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones*. De cuantos recopiló Juan Menéndez Pidal, en este muy interesante volumen, hay un romance que me cautiva, siempre que lo leo, en cualquiera de sus tres variantes. Y es el de la desdichada princesa Delgadina, querida de amores por su propio padre. Con esto, dicho se está, que no cabe, á lo que infiero, mayor encarecimiento en lo humano de la hermosura y singulares hechizos de *la más chiquitina de las tres hijas del Rey*.

He conocido en Asturias á dos mujeres comparables con aquella princesa, tal y como mi imaginación se la representa.

Una, me sirve de modelo actualmente para el retrato de Laina, segundo personaje de mi novela *Mañana*.

La otra, con quien he hablado dos veces, vive en la *cuesta de la formiga* en un pintoresco caserío. No sé cuál es su nombre, ni he querido averiguarlo. Yo la llamo Delgadina, desde aquella mañana en que el chacoloteo de sus madreñas interrumpió mi lectura del *romancero asturiano* y alcé los ojos para verla ocultarse en la pumarada que rodea su vivienda. Puedo presentar testigos irrecusables de que es tal y como la llevo tratada en la cartera de mis recuerdos.

¿Será nieve derretida, tan inmaculada como las que Mayo derrite en los altos picachos del Puerto de Pajares, lo que corre por las venas de Delgadina? Lo pregunto, porque nunca se colorean sus mejillas y ni el sol ni las brisas del mar consiguen dorarlas: porque sus pies menuditos, desnudos casi siempre, limpios y esculpturales, son también blanquísimos. Más que pisan, dijérase que van acariciando las guijas de la cuesta sin herirse nunca en las zarzas que la bordean.

De soltera, cuando la conocí, Delgadina iba siempre vestida de blanco. De este color era el pañolito con que se tocaba, anudado, al uso de Castilla, bajo la barba, y el corpiño y la saya á media pierna. Tan blancas éstas, que era difícilísimo distinguir la tela de la carne, mórvida y aterciopelada como pétalo de diamela. Cuando la moza se calzaba era con zapatitos de lona blanca muy escotados. En cambio, y como contraste de blancura tanta, toda la cuenca carbonífera de Mieres no es más negra que los ojos y el rizado cabello de Delgadina.

Y ni los rudos trabajos del campo, ni los cuatro *rapazucos* que dió al mundo y amamantó, consiguieron ensanchar su talle ni empañar su cutis.

Conserva su boca la frescura y brinda con las mieles de la fruta en sazón cogida en el árbol al rayar el alba. Su voz es arrullo, y parece que besa con la mirada.

Pajujo, por la fiesta del *Santisimo Cristo*, mientras bailaban *giraldivas*, declaró su pasión á Delgadina con las mismas ansias que sentía la princesa del romance, cuando, asomada á la ventana, clamaba:

—¡Mi madre; por ser mi madre, purrame (*) una jarra d'agua porque me muerdo de sede!»

Los jóvenes se conocían desde que juntos hicieron pinitos en la *cuesta de la formiga*, — donde eran vecinos sus padres — y meses después, en amor y compañía se atracaban de moras de zarza.

Cuando *Toribu*, padraztro de Delgadina, avaro y cruel, tuvo noticia de que el pobre pescador

(*) Alárgame.





se había declarado á la muchacha (huérfana y acomodada), queriendo dar cabal idea de lo imposible que sería contar con

La venganza de Pajujo iba á meter más ruido que su heroísmo, defendiendo el *fuerte de Cuajaitas*.

Delgadina era de otro: el avaro *Toribu* había torcido la voluntad de su hijastra con mil engaños: hizo pasar á Pajujo por muerto y la casó con su único enemigo en Arbás; con su rival en la escuela, en la trainera y en el chigre; (*) con Tomás Feito, que se libró por dinero mal adquirido de servir al Rey, mientras él sentaba plaza para batirse en Ultramar.

Pronto aquella culebra con cara de *Santina*, le diría, á la fuerza, dónde se ocultaban el miserable viejo y el ladrón que se atrevió á llevarla al altar. Bajo sus recios brodequines estrapallaría, (**) como si fueran babosas, á los cuatro gusarapos que Delgadina tuvo la desfachatez de echar al mundo. Pajujo, desde la ciudad inmediata, escribió estas tremendas amenazas á la infeliz mujer que, desde entonces, vivía agonizando. No era hombre Tomás para hacer frente al héroe sediento de venganza. *Toribu* yacía imposibilitado en un sillón.

El drama se cernía sobre el risueño caserío de la *cuesta de la formiga*. A paso de ataque subía por ella el militar, con la hiel en los labios y la noche en el alma, cuando ya el sol así hacía resbalar, deshechas, por el tallo de las hierbezuelas las gotas de rocío como jugueteara, riellando, en la cresta de las olas.

Las privaciones, el clima mortífero de Cuba, el cautiverio en la Manigua, las heridas del cuerpo, mal cicatrizadas, y la del alma tan ancha y tan honda; habían limado extraordinariamente la férrea naturaleza del antiguo pescador.

Muy cerca ya del caserío, término de su viaje, el licenciado tuvo que detenerse jadeante: entonces, apartando los ojos de la tierra, se puso á contemplar con infinita amargura la inmensidad del Cantábrico, así y todo, más pequeño, en su sentir, que la perfidia de una mujer, la avaricia de un viejo y la insolencia de un traidorzuelo, puestos de acuerdo para hacer mofa y escarnio de su heroísmo.

Sobre la inquieta y poco leal superficie de aquel mar tan amargo, pero tan hermoso, parecía que el sargento, sin medir el tiempo, iba deletreando capítulo tras capítulo la historia de su juventud.

¡Cuántas veces se había jugado la vida sobre las olas, para ganarse un cacho de borona, un vaso de sidra y

su consentimiento para aquella boda, exclamó:

—«¡Casarse Pajujo con la rapaza, cuando traiga colgada del su pecho la cruz de San Fernando!»

No bien tuvo noticia el mozo, de la exclamación del viejo, fué á su encuentro y le preguntó:

—¿La de los laureles, eh? ... la que es preciso ser más bravo que Pelayo para aferrarla?

—La misma... ¿te parece poco, ñe? (*).

—Para lograr los mis amores, poco pareceme: ganarela, señor *Toribu*; ganarela, y vendré por la rapaza.

—Anda, anda, déjate de cruces y busca harina que molin que non tien maquila, ye como güe sin esquila.

—¿Se vuelve usted atrás?

—No, hombre; lo dicho, dicho: —replicó el avaro en tono zumbón.

—Lo dicho, dicho; y sean ustedes testigos; —dijo Pajujo, dirigiéndose á dos ancianos patrones de trainera que escuchaban la plática en el porche de la parroquia, después de misa.

No volvía Pajujo, como *El Niño de la Bola*, hacia su ciudad nativa, seguido de soberbias mulas cargadas de equipaje, ni su rostro achicharrado por el sol de Cuba, expresaba, aquella madrugada, el regocijo, la ternura y la aflicción gozosa que se retrataron en la fisonomía de Manuel Venegas, cuando oyó á lo lejos repicar alegremente las campanas de Santa María de la Cabeza. A misa de alba tocaban las del *Santisimo Cristo* y al licenciado se le figuró doble. De su pecho, sobre la guerrera de rayadillo con los galones de sargento primero, pendía la *Cruz laureada de San Fernando*. ¿Pero cómo? cual si estuviese clavada sobre un ataúd.

(*) Muchacho.

(*) Taberna de sidra.

(**) Hacer tortilla.

media docena de mafaños!-(*) Y ¿para qué...? Para regar luego con su sangre, también inútilmente, la ingrata tierra americana.

Adelante, pues: ya volvía á respirar con desahogo: el mal camino andar lo pronto.

Cuando intentó proseguir, se vió atajado por un rapazuelo de unos cuatro ó cinco años que miraba fijamente hacia su pecho. El niño parecía escapado de un cielo de Murillo; no tenía otros vestidos que una camiseta muy limpia y curiosamente zurcida; traía los piecitos desnudos y colgado en el brazo izquierdo un canastillo en miniatura, á medio llenar, de moras de zarza.

—¿Me das eso? —dijo encarándose con el soldado: y señalaba con un dedo á la *Cruz laureada de San Fernando*. — Anda, dámela y te doy todas las moras: — y le alargaba el canastillo, mientras sonreía con el aire más genuinamente picaresco.

Pajujo sintió en el alma una oleada de ternura y una sed angustiosa de besar al angelito.

Le cogía ya por la cintura para levantarlo del suelo, cuando se escuchó un grito desgarrador; un rugido de

leona que repitieron todos los ecos de los cerros vecinos; que hizo refrenar el vuelo á las gaviotas y difundió el frío de la muerte por las venas del aterrado sargento, mientras el niño se le abrazaba al cuello.

—¡¡ Hijo de mis entrañas!! — había gritado Delgadina, cayendo de rodillas sobre las duras guijas.

Pajujo se pasó una mano por la frente, miró á la pobre madre con inmensa compasión, le flaquearon las piernas, se le anudó la voz en la garganta y de la marea de aquel alma tan grande, salieron por último dos gotas por los ojos.

—¡ Estoy vengado! — pudo exclamar, al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano — ¡ estoy vengado! — cubrió luego de besos los negriscos rizos del niño, le puso otra vez en el suelo con mucho tiento y, arrancándose del pecho la *Cruz laureada* se la echó en el cestillo de las moras, emprendiendo la carrera cuesta abajo, sin volver la cara atrás.

Cuando emparejó con el camino que va á la ciudad cercana, el infeliz Pajujo se detuvo otra vez sin aliento y se miró á la guerrera. ¡Qué sarcasmo! Estaba manchadísima, pero no de sangre de *Toribu* ni de *Tomás Feito*... de ¡¡ moras de zarza!!

EL CONDE DE LAS NAVAS

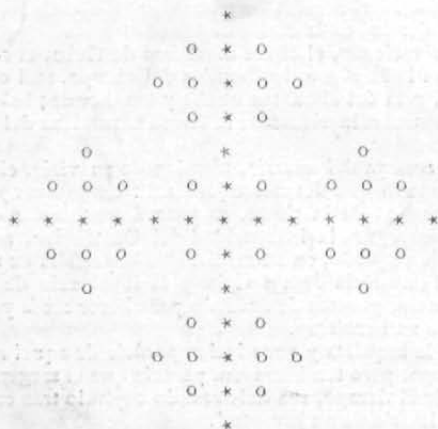
(*) Calamares.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO



CRUZ DE ROMBOS COMBINADOS



Substituyendo estrellas y ceros por letras, léase:

1.º Cifra romana; 2.º Astro; 3.º Adverbio; 4.º Otro adverbio opuesto al anterior; 5.º Tres letras consonantes; 6.º Un hijo de Noé, un castillo y una flor;

7.º NOMBRE Y APELLIDO de un conocido actor que aún trabaja; 8.º Artículo, río y religiosa; 9.º Tres letras consonantes; 10 Pronombre; 11 Juez mitológico; 12 Lo que es todo lo que tiene vida, y 13 Letra consonante.

NOTAS: Lo mismo se ha de leer en sentido vertical que horizontal, el 7.º forma la cruz central de estrellas; el 6.º y el 8.º son como se ve tres palabras distintas, no tres significados de una palabra sola.

M. MARSAL.

FRASE HECHA



Las soluciones irán en el número próximo.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada. — Tilo.

Logogrifo numérico. — Pierna. — Riera. — Pera. — Ana. — Re. — E.

Jeroglífico. — Casa con dos puertas mala es de guardar.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



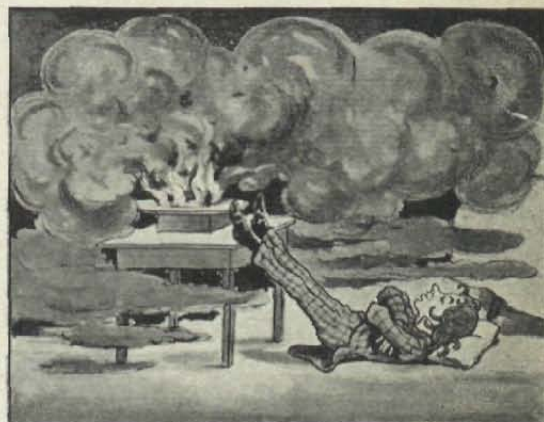
1. — ¿No ha visto reflejada en mi soneto la llama que me abrasa al corazón? ¡Me rechaza usted, vecinita! —Voy huyendo de la quema.



2. — Nada; vivir así es imposible. ¡Qué me importa la vida! Apelemos al suicidio; la astixia pondrá fin á mis desdichas.



3. — Mis propios versos me servirán de arma. ¡Esos versos en que cifraba mis ilusiones! ¡Ea! valor y acabemos de una vez. Ahí van todos.



4. — Esperemos tranquilamente á la descarnada Parca. Para mí, el eterno descanso; para esa ingrata, los horrores del remordimiento.



5. — ¡Vecino! ¿qué hace usted con tanto humo? —Nada, que... he quemado mis versos... —¡Gracias á Dios! Ya me es usted más simpático.



6. — ¿De veras? ¡Oh felicidad! —Ahora sólo falta que se corte esos pelos, para que se le despeje un poco la cabeza.



THE SHOP GIRL